

## Remembranza Pedro Henríquez Ureña

Por Pedro Troncoso Sánchez

De Pedro Henríquez Ureña conocemos los dominicanos su obra de humanista, crítico literario, filólogo, periodista y poeta; sobre todo después de reeditada, por la UNPHU, bajo la dirección de Juan Jacobo de Lara.

Pero por haber residido Don Pedro fuera del país - exceptuando breves temporadas - desde 1901, cuando apenas tenía 17 años, de él no ha quedado entre nosotros un claro recuerdo de la impresionante faceta de su presencia personal.

Muy pocos dominicanos lo conocimos, en tanto que maestro; en tanto que entidad viva y expresiva, que inspiraba cariño y veneración, tal como fue conocido en los países en donde discurrió la plenitud de su vida.

Esta imagen de su inmediatez hace falta en estos días para rememorarle integralmente en Santo Domingo, con motivo de los 100 años de su nacimiento. Convendrá ahora alguna noticia acerca del hombre Pedro Henríquez Ureña, que pudiera mostrar la jerarquía socrática de su personalidad.

Dar una idea de ella, siquiera pálida, a quienes no lo trataron directamente me ha movido en esta sazón centenaria para poner por escrito el recuerdo de mis vivencias junto a él.

Conocí a Pedro Henríquez Ureña en esta ciudad de Santo Domingo en el local de la sociedad Acción Cultural en diciembre de 1931. Había venido al país acudiendo a llamado del Gobierno, a sugerencia de su ilustre hermano Max, para ocupar la Superintendencia General de Enseñanza, cargo equivalente a lo que hoy es la Secretaría de Estado de Educación.

Tal vez pensó Don Max que en aquel momento en que comenzaba a perfilarse un régimen de fuerza la presencia de un maestro como Don Pedro, que tanto respeto inspiraba, podía ser un freno moral a la barbarie y servir al mismo tiempo de antídoto a la juventud. De todos modos, era justo que la nación dominicana recibiera el beneficio de la personal presencia y el magisterio del egregio educador y humanista, como lo habían recibido por muchos años otros países.

Acción Cultural era una agrupación de jóvenes intelectuales que hacía poco se había constituido bajo la presidencia del escritor y jurista Julio González Herrera y realizaba intensa labor de difusión científica, filosófica, literaria y artística, sin que en sus actividades se incluyera la más mínima mención del Dictador.

No supe de momento quién era aquel señor -tenía entonces 47 años- de mirada inquisidoramente inteligente que acompañado de unos parientes se incorporaba a la juvenil concurrencia de Acción Cultural aquella mañana de domingo. Fuí presentado al maestro y en la conversación percibí con claridad lo que para la cultura dominicana significaba su cercanía.

Naturalmente, no tardó el día en que Don Pedro fuera invitado a dictar cursos conferencias, cuando todavía se representaba bien las características del régimen. En una de ellas reveló lo lejos que estaba de adaptarse al medio cuando en el curso de la peroración y para dar idea de cómo era de pobre y atrasada una aldea, cuyo nombre no recuerdo, dijo: "como San Cristobal, por ejemplo." Los presentes se miraron asombrados entre sí, sin sospechar él que estaba detractando el pueblo natal del mandamás.

Días después lo acompañé con un grupo a visitar la Catedral, que no veía desde 1911 cuando estuvo de paso en esta ciudad. Ante cada detalle hacía comentarios eruditos y recuerdo su emoción ante la tumba del Arz. Fuenleal. "¡Me parece que estoy en Italia!", exclamó observando que la ornamentación renacentista del intradós del monumento era un sólo desarrollo, sin solución de continuidad, a diferencia del estilo español de

adornos aislados. En la misma ocasión lamentó los deterioros causados en el templo por el ciclón de San Zenón, especialmente en la murillesca Inmaculada Concepción.

También lo acompañé con mi hermano Jesús María, el pianista y escritor Américo Lugo Romero y el arquitecto español Vázquez Torné a conocer las ruinas de Engombe, en una finca propiedad del Dr. Alcibíades Ramírez Guerra. Observó con el mayor interés aquella reminiscencia de la industria azucarera colonial a orillas del Haina. Mirando hacia la lejana cordillera central comentó: "Esta isla, a diferencia de Cuba, tiene características de continente, con sus montañas que sobrepasan los 3,000 metros." A la hora del almuerzo ofrecido por el propietario de la finca Don Pedro saboreó el postre y dijo: "Sé que es un dulce típicamente dominicano pero no recuerdo su nombre." Se trataba de un piñonate.

Uno de los temas obligados en el grupo era la música. Discurriendo acerca del desarrollo de la orquesta en el siglo XIX y refiriéndose a uno de esos logros sinfónicos maravillosos de no recuerdo si Wagner, Richard Strauss o Musorski, Don Pedro dijo que lo sentía como un potente hálito salido de las profundidades de la tierra.

En los momentos en que las ocupaciones oficiales y estudios se lo permitían su solaz era la conversación. En actitud perennemente inquisidora se le notaba el deseo de captar en profundidad la vida dominicana e identificarse con ella en los diferentes estratos. Tanto interés y complacencia ponía conversando con un catedrático con un limpiabotas o con un niño.

En una de las conversaciones que tuve con él en unión de los mencionados Lugo y Troncoso, se enteró de que en mi oficina nos reuníamos unos cuantos amigos todas las tardes para estudiar filosofía, y en seguida se incorporó Don Pedro al grupo. Los más asiduos eran Germán Cruz Ayala, José Ramón Rodríguez y Joaquín Salazar. Eran para nosotros un manjar del espíritu los comentarios de Don Pedro. Nos maravillaba la facilidad con que, estudiando a Platón, leía los pasajes escritos en griego antiguo que para nosotros, hijos de un magro

bachillerato, eran un obstáculo casi infranqueable. Como presumíamos de estar enterados de lo último en materia filosófica, nos dijo un día que el mejor criterio para establecer el valor de una teoría era haber pasado la prueba del siglo de vigencia. Puso el caso de filósofos muy leídos en tiempos pasados que son ignorados hoy y de pensadores como Kierkegaard que no tuvieron aceptación en su época y que hoy en día se les estima.

Ocupándose en planear la creación de una Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Santo Domingo, única existente entonces, me dijo que era urgente organizar en Santo Domingo el estudio de la Filología. “En este país sólo hay gramáticos, que ejercen un dominio excesivo en el campo de las letras. Aquí es necesario equilibrar el rigor gramatical y la sumisión a los clásicos con el conocimiento de la ciencia filológica.”

Me propuso que me dedicara al estudio de la Filología y la Lingüística para que me hiciera cargo de esas asignaturas en la proyectada Facultad. Acepté por respeto a él—pero sin entusiasmo—la propuesta y al otro día me llevó una cantidad de libros entre los cuales recuerdo los de Vossler, Navarro Tomás y Amado Alonso, que estudié por un tiempo. — La estancia de Pedro Henríquez Ureña en Santo Domingo fué breve inevitablemente. Año y medio de sufrimiento. Si en 1913 le asfixió y lo hizo salir de México la dictadura de Victoriano Huerta, menos pudo resistir la situación dominicana de los años 30. Con su ida quedó abandonado el proyecto de restauración de los estudios humanísticos en la universidad estatal, el cual vino a ser realidad sin su concurso en 1939.

Cuando en 1937 comencé a enseñar Filosofía en la Escuela Normal Superior y más tarde en la Universidad de Santo Domingo escribí a Don Pedro pidiéndole algunas orientaciones y me contestó con una carta manuscrita que conservo lo que pudiera ser el plan para un curso de Filosofía Americana. Me puso además en comunicación con el filósofo Francisco Romero, quien me envió algunos libros. — Nos volvimos a encontrar en Buenos Aires en 1941. Fuí a la Argentina como

Ministro de la República y el primero en visitarme fué Don Pedro. Desde aquel momento entre ambos y las respectivas familias se formó un fuerte vínculo de amistad. Ellos eran además de Pedro, su esposa, Isabel, y sus hijas Natacha y Sonia. Conmigo, mi mujer, Olga, y mis hijos, María Alicia y Marcos.

Se veía a las claras que los recursos de Don Pedro eran limitados a pesar de que desempeñaba cinco cargos. Decir que sus medios de locomoción eran sus propias piernas y el autobús o el tren es dato suficiente para apreciar su nivel económico. Era catedrático de las Universidades de Buenos Aires y de La Plata, enseñante en el Colegio del Profesorado, Miembro del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires y Consejero de la Editorial Losada.

Cuando me enteré por él mismo de que en las Universidades en que trabajaba no era catedrático titular sino auxiliar, me quedé atónico: ¿Cómo? ¿Que Usted no es profesor titular, con los méritos que tiene? Me contestó con sencillez: “No; porque nunca he querido renunciar a mi nacionalidad dominicana.” Había dejado de residir en Santo Domingo en 1901, de 17 años, pero mantuvo con tal fuerza su amor y su lealtad a la patria que lo vió nacer, que superó cualquier tentación —si alguna tuvo— de mejorar su posición jerárquica y económica naturalizándose argentino. En los 18 años transcurridos, su sostenida dominicanidad representaba una pérdida incalculable en el orden de las ventajas materiales.

Un día, mientras revisaba un montón de exámenes escritos de sus alumnos del Colegio del Profesorado me dijo: “Me he convertido en un esclavo de la cultura. El tiempo que me toman mis deberes docentes me impide realizar la obra que deseo dejar.”

Don Pedro me introdujo en los ambientes en que él se movía y así mantuve frecuentaciones con la cúspide de la intelectualidad argentina y en la Argentina. Me hizo invitar a un almuerzo ofrecido por el editor Losada y me anunció que tal vez vería allí a José Ortega y Gasset. Mi entusiasmo, como pichón de filósofo, no tuvo límites. Después me informó que “Don Pepe” acababa de embarcarse para Portugal. En aquel

almuerzo conocí a Germán Arciniegas, Jorge Luís Borges, Ossorio y Gallardo y a otros grandes escritores.

En una ocasión fuí invitado a pronunciar una conferencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. El tema trillaba en el terreno de la Filosofía de la Historia. Don Pedro pronunció el discurso de presentación, en el cual se refirió a mis "Bosquejos Filosóficos," especialmente al ensayo en que postulo una posición idealista en los campos de la metafísica y de la gnoseología. En el salón de conferencias del gran diario "La Prensa" leí otro trabajo acerca de las guerras europeas en Santo Domingo, que leí previamente a revisar. Me le hizo algunas observaciones y tiempo después lo mencionó y comentó entre otras obras de ensayistas dominicanos.

Visitándolo en su apartamento le dí a leer una conferencia que había escrito acerca de Duarte y como en la misma se copiaba la carta dirigida por el patricio el 4 de febrero de 1844 a su familia proponiéndole poner los bienes heredados del padre recién fallecido al servicio de la causa independentista, me hizo cambiar en el texto la palabra "almacén" por "establecimiento" porque -me dijo- en la Argentina aquel vocablo sólo se usaba para designar pequeñas tiendas de provisiones. Leí la conferencia en el local de la escuela República Dominicana ante el alumnado de cuatro planteles.

En octubre de 1942 presencié en un salón de la Intendencia de Buenos Aires el brillante papel desempeñado por Don Pedro en el curso de unos coloquios que se celebraron para conmemorar el noveno cincuentenario del Descubrimiento de América. Fué una reunión de sabios en que cada uno discurrió acerca de las consecuencias de la extensión del poderío europeo en el Nuevo Mundo en las diferentes dimensiones de la cultura. Lamentablemente no tengo a mano alguna publicación que me permita dar mayores detalles de aquel evento. Sólo recuerdo que Don Pedro desarrolló el tema de "La Influencia del Descubrimiento en la literatura"; que Francisco Romero habló acerca de "Las consecuencias que tuvo en el pensamiento filosófico" y que el pensador católico Del'Oro Maini se extendió acerca de "La trascendencia que tuvo en el orden

religioso". También intervino el Capitán Ratti, un viejo marino en situación de retiro, quien demostró que el viaje descubridor de Colón había sido la pronta consecuencia de haberse inventado o perfeccionado en el siglo XV los instrumentos náuticos que permitieron adentrarse en el océano, sin referencia a tierra alguna, manteniendo la orientación y la seguridad del rumbo y determinando la posición en cualquier momento del día o de la noche. — En el verano de 1942-43 ambos matrimonios acordamos alquilar una casa en la ciudad de Miramar, muy cerca de la playa, a 550 kilómetros al sur de Buenos Aires. Isabel y las dos hijas se fueron primero porque a Don Pedro lo retenían todavía sus deberes en la capital y La Plata.

Al quedar viviendo temporalmente solo en su apartamento, pasaba las primas noches en mi casa. Leíamos, conversábamos y jugábamos canasta. Su mayor placer era recordar las cosas de Santo Domingo y el mío era comentar con él algunas de sus obras. También gustaba de describirnos problemas matemáticos de difícil solución que -según nos contaba- eran temas en que se distraía en sus conversaciones con el conocido matemático español Julio Rey Pastor.

Yo observaba con honda complacencia cómo Don Pedro teniendo tantas y tan antiguas vinculaciones en Buenos Aires con quienes mitigar su soledad mientras su familia veraneaba, prefería la diaria compañía de nosotros. Era una prueba más de su entrañable dominicanidad. Una dominicanidad, que, según pude advertir, tenía su más profunda raíz en la extraordinaria devoción que profesaba a la autora de sus días, la egregia Doña Salomé, y en el ejemplo de amor a la patria que ella le inculcó. Del mismo Don Pedro recogí el testimonio del cambio que imprimió a su vida aquella madre poetisa cuando ante una hosca realidad que hizo vacilar su fe en el porvenir de la República no hizo más poesía y se dedicó por entero a la educación por ser lo que fundamentalmente necesitaba su pueblo. La prueba máxima de este culto a la madre de Don Pedro, fué su deseo, expresado por escrito años antes de morir, de que sus restos descansaran junto a la tumba de Doña Salomé en la Iglesia de las Mercedes

de esta ciudad.

En concordancia con este sentimiento tenía en muy alta estima a la mujer dominicana. Hablando con un sobrino que lo visitaba le oí decirle: "Hernán, cástate con una dominicana."

El amor a su país natal no le impedía sentirse un ciudadano de toda la América española. Así me lo manifestó hablando de su profundo conocimiento y de sus fuertes vinculaciones con los ambientes cultos de todas las naciones que la componen. Puede decirse que en su corazón cabían sin contradecirse el culto a la patria chica y a la gran patria que él servía.. Había estudiado y ejercido su magisterio en muchas de sus capitales y desde 1924 residía en La Argentina. En 1925 publicó "La Utopía de América," el libro que mejor lo presenta en su faceta apostólica, y creo que esa concepción de la magna patria maduró en su conciencia cuando después de haber estudiado y enseñado en Minneapolis, Estados Unidos, pasó a vivir en el cono sur americano. Sin duda que desde aquel mundo extraño pudo ver con toda claridad las esencias que conforman la unidad espiritual de nuestra América, que bien pudiera ser la base de una unidad política, como lo era la gigantesca área anglosajona de Norteamérica. — Una noche salimos con él a ver una película del Oeste en un cine cercano y observé, contra lo que esperaba, que no le disgustaba el género, ya que se complacía en señalar ciertos diálogos y situaciones en que advertía la tradición teatral anglosajona que partía de Shakespeare.

Otra noche mi mujer y yo le invitamos a cenar en un club nocturno. Le resultó divertida la experiencia, rara en él. Estaba de buen humor y mirando los adornos multicolores y las cambiantes luces nos dijo: "Estos lugares son típicamente cursis." Con la vista puesta en la concurrencia nos comunicó su observación de que las niñas en los grandes centros urbanos, en cierto nivel social, iban perdiendo sus rasgos individuales para conformarse a un modelo o patrón de afectación que las igualaba.

En una ocasión figuró entre los invitados a una comida de rigurosa etiqueta en la Legación Dominicana que ofrecí al



primer Jefe de Misión Diplomática con rango de Ministro Plenipotenciario que la Argentina designaba para la República Dominicana, que lo fué Don Ludovino Loizaga. Don Pedro, de frac, quedó al lado de Mrs. Armour, esposa del Embajador de los Estados Unidos. Sabía que su esposo, hombre refinadísimo, era un millonario condueño de una monstruosa empresa, la Armour, que vendía en todo el mundo alimentos enlatados. Con ella sostuvo una conversación animada en que él, con su táctica socrática, imponía los temas y la dejaba hablar como deseando extraerle los presupuestos del ámbito capitalista en que ella se movía.

En una de nuestras veladas íntimas, en diciembre de 1942, resolvimos trasladarnos con él al otro día al Miramar para renirnos con sus familia en la común residencia veraniega. Era un viaje largo y acordamos recogerlo a las 7 de la mañana en su residencia. A esa hora estaría él esperándonos, con su equipaje, en la puerta del edificio en que moraba, en el No.1592 de la calle Pueyrredón. Como siempre ocurre cuando hay niños, los preparativos del viaje tomaron más tiempo del previsto y llegamos con algún retraso al lugar en que Don Pedro, muy puntual, nos aguardaba desde hacía rato. Allí estaba con sus maletas y su habitual expresión serena pero sin duda molesto por la larga espera. No sabíamos mi mujer y yo cómo presentarle una excusa válida cuando nos dijo sin inmutarse: "Yo creía que realmente vendrían a las 7."

Les aseguro que este sutil reproche de Don Pedro, que tomé como una lección que nunca he olvidado, me avergonzó más que si a las claras nos hubiera manifestado su enojo.

Eran días en que los diarios daban cuenta de una epidemia de la contagiosa poliomielitis y al detenernos en el camino en un lugar llamado Samborombón, tan pronto como entramos a una posada Don Pedro cargó a mi hijo Marcos, de seis años, y salió rápidamente diciéndonos "Acabo de ver dentro un niño con parálisis infantil." Efectivamente, en la posada estaba una enfermera cargando un niño con vendas en las piernas, evidentemente atacado por la terrible enfermedad.

La temporada en Miramar fué mi mejor ocasión para penetrar en el alma de Pedro Henríquez Ureña. Han pasado desde entonces más de 42 años y seguramente he olvidado muchas cosas pero por alguna razón han persistido otras en el recuerdo. Son las que voy a ofrecer, en esta ocasión centenaria, después de un buceo en la interna laguna de la memoria Algo de lo que recuerdo quizás sólo importe por haberlas dicho Don Pedro, aunque con alguna significación.

Casi siempre en horas de la mañana, mientras Isabel y Olga con las respectivas proles iban a la playa, Don Pedro y yo permanecíamos en la casa en alguna faena. Lo que más hacíamos era corregir pruebas traídas por él desde la capital, de libros destinados a publicarse por la Editorial Losada. Recuerdo que corregía completas las de "Juan de Mairena," esa obra deliciosa y profunda de Antonio Machado. Don Pedro corregía otras y también leía libros del filósofo inglés Alfred N. Whitehead, que a veces comentaba. Me informó que había elegido como material de lectura para esos días al famoso metafísico de Harvard para que su excelente manejo de la lengua inglesa lo influyera favorablemente en el trabajo en que estaba empeñado en redactar en el mismo idioma: las lecciones acerca de las corrientes literarias en la América Latina que hacía poco había dictado en la misma universidad bostoniana.

De noche solíamos salir a pasear para disfrutar de aquel aire puro y fresco, antítesis del que se respiraba en Buenos Aires en verano y mirar las estrellas que la limpidez de la atmósfera mostraba con diafanidad imponente. Un cielo austral distinto del tropical de Santo Domingo. La Cruz del Sur, igual que el Centauro, casi en el cenit y un sector muy claro de la Vía Láctea en que Don Pedro me hizo fijarme en el "Saco de Carbón," una porción absolutamente negra de la galaxia, de contornos muy precisos, que no se ve bien desde nuestro país.

La vista puesta en el firmamento me movió a comunicarle una reflexión barata acerca de la perfección de la obra de Dios, a lo cual respondió Don Pedro: "No es cierto que la creación sea perfecta." Quedé un poco turbado mientras él justificaba su afirmación citando algunas comprobaciones científicas. Pensé

entonces; aunque con temor de equivocarme, que a en algún modo pudo haberle impresionado la idea de Whitehead, quizás recién leída, de que la existencia efectiva del mal hace pensar en que la divinidad no es omnipotente ni prioritaria frente a la realidad natural.

En relación con este recuerdo debo declarar que en el camino de la madurez fui superando vacilaciones y mis preferencias me mantienen en una comprensión teleológica de la Creación en que no puedo excluir la idea de que sin un vislumbre de Dios en lo más hondo del misterio toda concepción cosmológica queda trunca.

No podría yo hilvanar en una secuencia coherente lo que recuerdo haber oído a Don Pedro en nuestras conversaciones, que por supuesto recorría una temática muy variada. Por esta razón me veo obligado a anotarlo en forma de retazos dispersos y desconectados. — Por ejemplo, es un dato poco conocido de su biografía, que Don Pedro estudió derecho y en su juventud comenzó a trabajar en bufete de abogados en México, pero se mantuvo muy poco tiempo en este quehacer. “Decidí no ejercer la profesión cuando ví que en la práctica ella se resolvía en proteger los intereses económicos de personas para quienes el valor supremo era el dinero.”

Menciono esta anécdota de Don Pedro a pesar de que tiende a denigrar la profesión que yo mismo he ejercido porque puedo añadir que lo opinado por él es o no verdadero dependiendo de la clase de abogado que se pueda ser. De haber sido juez, como lo fui yo, se hubiera reconciliado con la ciencia del derecho. — No le agradaba el rigor de la tradición de luto en el Santo Domingo de hace 50 años. Le parecía ser un proceso largo y penoso que incluía misas, rezos, ropa negra, encierro en la casa y privación de música y esparcimientos, a veces durante años. Si pudiera ver Don Pedro cómo es en la actualidad el luto en este país comprobaría el cambio radical que en ese aspecto de las costumbres dominicanas se ha operado. — Hablaba muy poco de política argentina e internacional a pesar de que corrían los días de la segunda guerra mundial y la prensa de Buenos Aires y las salas del

Congreso eran un hervidero de intrigas y debates. Sólo recuerdo que una vez, tras el golpe militar que derrocó el 4 de junio de 1943 al gobierno constitucional de Ramón Castillo, tildado de derechista en la prensa de izquierda, me contó a título de chiste irónico que en el ambiente universitario se hablaba del ‘Soviet Castillo’ para señalar la diferencia entre el régimen abatido y el gobierno militar de ultraderecha que lo había sustituido. En relación con la situación imperante en Santo Domingo, si alguna mala noticia llegaba a sus oídos se limitaba a susurrar: “pobre país.” Por momentos guardaba silencio como en trance introspectivo. Entonces me acordaba de aquello de que “nadie entre en casa de nadie porque nadie sabe cómo está nadie,” frase esta que de tiempo en tiempo él citaba cuando venía al caso. Solía romper su silencio tarareando una canción de cuna que Juana de Ibarbourou había compuesto para Natacha recién nacida.

Un día paseábamos en mi automóvil, yo al volante, Don Pedro a mi lado, por los campos inmediatos al pueblo, en compañía de mi mujer y de una amiga de los Henríquez-Lombardo que era esposa de un renombrado caricaturista. De buenas a primeras se posó en plena carretera un ave zancuda de las que abundan en la pampa argentina y rápidamente aquella señora me gritó: “Mátela, Ministro, mátela.” A Don Pedro le consternó aquella insólita solicitud y rápidamente me asió por un brazo y me suplicó en tono angustioso que no lo hiciera. Por supuesto que mi intención no era complacer a la amiga. Fué un momento en que Don Pedro puso de relieve en forma patética la bondad de su corazón.

Razón tuvo el escritor argentino Juan Pablo Echagüe cuando hablando de Don Pedro en una reunión del Pen Club le oí decir que era un santo laico. Opiniones concordantes recogí de labios de los filólogos Amado Alonso, Emilio Ravignani, Raimundo y Margarita Lida y Angel Rosemblat; de los filósofos Francisco Romero y Eugenio Pucciarelli; y de los escritores Juan Mantovani, Eduardo Mallea, Jorge Luís Borges y Victoria Ocampo.

De esta última fué Don Pedro un ferviente admirador. Ella

era la fundadora y directora de la renombrada revista "Sur." "Es una reina! -me dijo un día-; tiene talento, ilustración, belleza, elegancia. Y además pone una fortuna al servicio de la cultura." En una de las frecuentes recepciones que en su finca de Olivos ofrecía Doña Victoria, con la concurrencia de lo más selecto de la intelectualidad de aquella época, le dije a ella algo que visiblemente le gustó: "Usted ha reivindicado el concepto Sur. Con este nombre, puesto a su revista, le dice al mundo que no es sólo el Norte el símbolo de la orientación; que también a justo título lo puede ser el Sur."

Una tarde salimos Don Pedro y yo a pasear con ella en automóvil por el interior de su estancia. También iba el joven escritor francés Roger Caillois, a quien Doña Victoria trataba como a un niño ordenándole con tono autoritario bajar del automóvil a abrir y cerrar puertas tranquilas a medida que avanzábamos. — Me fascinaba tratar con Don Pedro asuntos de filología, algunas veces planteados por mí en relación con el lenguaje dominicano y con su obra sobre el español en Santo Domingo. En una de las conversaciones sobre la materia se refirió a su "instinto filológico." Tipificaba al dominicano diciendo que era transparente, con lo cual quería decir que su externa apariencia y expresión deban traslucir su alma y así saber si era sinvergüenza o gente seria, a diferencia de los sujetos de otros países más adelantados, ante los cuales no sabía uno si enfrentaba a un rufián o a un caballero. — Oí de sus labios el relato que le hizo Federico García Lorca acerca del dominicano que en su presencia besó la tierra española al desembarcar en Cádiz mientras él y los demás pasajeros peninsulares se iban 'a los lagrimones.' Me hizo reír en una ocasión cuando evocando rasgos típicos dominicanos, imitó el característico sonsonete de las beatas rezanderas. — Con motivo de un escrito mío que le dí a leer comentó que los escritores dominicanos eran o ampulosos o, por vía de reacción, sobrios. A juzgar por sus opiniones, Don Pedro no era muy amigo del purismo en los escritores como tampoco lo era del rigor gramatical. "Su padre es más purista que yo," me dijo en una ocasión, no sé si con intención de elogiarlo.

A veces nos juntábamos Don Pedro, el poeta Manuel del Cabral, que era Secretario de la Legación Dominicana, y quien les habla. Con Manuel, en quien reconocía un extraordinario talento, solía él ser franco y en una oportunidad en que Cabral dijo que no era amigo de leer otros poetas para no dejarse influir, Don Pedro le respondió "Tú sí lees, pero poco, y por eso te influye sin tu quererlo el poeta que has leído. Necesitas defender tu independencia, salvar tu originalidad y forjarte tu madurez leyendo a muchos; al mayor número posible de poetas." — Su filosofía tendía a sólo aceptar, con criterio Kantiano, postulados científicamente fundados y toda su preocupación se encaminaba a establecer las bases del imperio efectivo de la justicia y de la mayor dignificación y realización del ser humano en la sociedad, sobre todo en el orden moral. Del positivismo comtiano sólo aceptaba la teoría de la ciencia.

Creía él en la innata bondad del hombre y en que la inclinación al mal era una excepción en la humanidad. Así lo manifestó cuando en la presentación con que me honró antes de dictar una conferencia en el Instituto de Cultura Latinoamericana aprobó un ensayo mío en que invitó a observar la mayoría señoreada y compararla con la minoría señera para ver en aquélla "la inmensa, múltiple y callada obra de amor que se realiza constantemente en toda la tierra." Deseaba Don Pedro con vehemencia una reorganización de la sociedad que impidiera el predominio abusivo del capitalismo y por consiguiente evitara las injusticias causadas por este predominio. Ante ciertas situaciones negativas sospechaba que eran obra de la rapiña de los capitalistas. Por ejemplo, una vez en que se hablaba de la facilidad con que se rompían las medias de mujer sostuvo que era un "racket" de los fabricantes, puestos todos de acuerdo, para aumentar la venta de ese artículo.

Pienso que su amor a la justicia le hacía suponer que en la realidad de los hechos, en países lejanos que él no había visitado, la aplicación de la doctrina marxista era tan buena como lo era en el plano puramente teórico. En el nivel científico admiraba ciertos aspectos del régimen soviético y un día me dijo con cierto entusiasmo, hablando de Rusia:

‘Imagínese; un país en donde 11,000 biólogos trabajan por cuenta del Estado!’ Su simpatía por lo ruso parece reflejarse en los nombres de sus dos hijas, Natacha y Sonia. — Una noche le comenté los párrafos a mi juicio culminantes de la carta que dirigió a Federico García Godoy en 1909 con motivo de la publicación de su novela ‘Rufinito’. Encontró atendible mi idea de que en el desarrollo de la tesis que en ella expone acerca de la intelección de la idea nacional dominicana hacía falta considerar la incidencia de las circunstancias geopolíticas del país, como factor importante en la evolución y aplicación de aquella idea. Don Pedro sostiene en esa carta que ‘nuestro proceso de independencia moral se extiende desde 1821 hasta 1873.’ Es decir, que el año en que es vencida la dictadura anexionista de Báez es el momento en que se completa la intelección de la idea nacional dando remate a un proceso iniciado en la Independencia Efímera. Osé argüírle que para mí la amarga experiencia de la despoblación de una parte de la isla a comienzos del Siglo XVII y la secular lucha contra las agresiones procedentes de la porción occidental habían anticipado en Santo Domingo el sentimiento de la propia entidad y la consiguiente formación de una conciencia patria; pero que la grave amenaza de perder la peculiar fisonomía, con sus tradiciones e idioma, y quedar convertido en parte de Haití obligó a algunos dominicanos faltos de fe y sin que necesariamente carecieran de conciencia de patria, a preferir la subordinación y protección de una gran nación civilizada, situación a la cual, por otra parte, no se acomodó el pueblo ni bajo el dominio francés ni durante la España Boba. Le agregué que en mi opinión a partir de 1873 no hubo ya partido anexionista más bien porque Haití había dejado de ser el inminente peligro que antes era.

(Tiempo después encontré en la geopolítica de Tazel y epígonos una confirmación de mi idea, enmarcada en esquema científico, cuando presentan la vecindad de un pueblo diferente y hostil como factor importante en la formación de una conciencia nacional.)

Pasamos después al tema de ‘la interpretación viva del

pasado. que saca a la historia de los laboratorios eruditos y la lleva, a través del arte, a comunicarse de nuevo con el espíritu público... sin acudir a la deformación novelística," género este que Don Pedro echaba de menos en nuestra literatura pero que por primera vez veía en 'Rufinito'. Se me mostró complacido cuando le dije que aspiraba a escribir una biografía de Duarte que interesara al mayor número en la forma descrita por él y con estricta sujeción a los hechos comprobados. Vine a cumplir ese propósito años después de fallecido Don Pedro. En aquella misma conversación me informó que su hermano Max estaba trabajando en el mismo género de presentación artística del pasado en una serie de pequeños libros que llamaría "Episodios Dominicanos."

Hablaba de Hostos con gran veneración, un sentimiento heredado de sus dos egregios padres y de su ilustre tío Federico Lo consideraba un maestro, esencialmente un maestro, que enseñó con la palabra y con el ejemplo de su conducta virtuosa; juicio que muy bien puede aplicarse al propio Don Pedro. Admiraba en Hostos su apostolado de acción, puesto de manifiesto abnegadamente cuando siendo español nacido en Puerto Rico y habiéndose formado en Madrid, en donde pudo triunfar en el más alto nivel intelectual, eligió el sacrificio abrazando la causa de las Antillas y llevando una vida azarosa. "En Santo Domingo hay que mantener viva su doctrina, que tiene valores perennes," me dijo. En verdad las enseñanzas de Hostos bien merecen que se impartan todos los años, en contexto crítico- en una cátedra que lleve su nombre.

Después del período vacacional nos veíamos con menos frecuencia. O en el Instituto de Filología, o en la Universidad, o en el Colegio del Profesorado. En los pasillos académicos oí decir a los estudiantes: "ya llegó el Ureña." Pero no crean Uds. que en la Argentina es despreciativo ese modo de referirse a una persona, como lo es aquí. También solíamos vernos en las respectivas residencias.

Una noche en su casa sostuve una larga conversación con Don Pedro y su hermano de padre Cotubanamá Henríquez Lauranzón. Este último era un recio luchador anti-trujillista.



Ante la posibilidad insinuada por mí en aquella ocasión de conseguir trabajo en Buenos Aires y no volver a la República mientras Trujillo ocupara una posición de mando, Don Pedro me hizo esta reflexión: "No para todos los dominicanos se dan las circunstancias externas mínimas que hacen posible dar ese paso." Estas palabras del Maestro me dejaron muy pensativo, en mi latente estado de inconformidad.

Oyendo una tarde, mientras esperaba a Don Pedro en la Universidad, una cátedra del filósofo Francisco Romero, éste me sorprendió citando, entre otras obras, un ensayo mío en que expongo mi posición de raíz platónico-cristiana ante el problema de la realidad de los valores negativos. En otra ocasión, en la residencia del mismo profesor en la vecina localidad de Martínez, sostuve un coloquio sobre diversos temas filosóficos, con el anfitrión y Don Pedro, en el curso del cual me maravilló la hondura y erudición con que discurrió el humanista dominicano. De Romero no podía esperar otra cosa, puesto que la Filosofía era su profesión. Mi papel en aquel coloquio fué la de un atento oyente y preguntador, más que la de un interlocutor. — Al acercarse el verano de 1943-44 hicimos los preparativos para volver a Miramar pero de buenas a primeras me llegó un cablegrama de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores informándome haber solicitado el agreement para ser nombrado Embajador en México y requiriéndome estar listo para el traslado. Los planes cambiaron y sólo Isabel, Natacha y Sonia viajaron a la playa quedándose Don Pedro en Buenos Aires. Volvió así la frecuentación casi diaria con él en mi casa. En una de estas visitas nos regaló dos cuadros al óleo que tenía en gran estima.

Después de recibir el nuevo nombramiento comenzó la típica sucesión de despedidas del representante diplomático que termina una misión. La cena de despedida que más recuerdo fué la que me ofreció el Pen Club, seguramente a diligencias de Don Pedro. El acto iba a ser celebrado en febrero, en ocasión del centenario de la República, pero se realizó antes por causa de mi traslado. Algo diferente de los cumplidos protocolares, aquella demostración de amistad me produjo honda e inolvidable

complacencia. La interpreté como una prueba de la estimación y cariño a Don Pedro, que se reflejaba en el país y en mi humilde persona. Asistieron eminentes representantes de la vida cultural argentina y también el escritor brasileño Gilberto Freyre. Las palabras de deicatoria las pronunció el escritor Miguel Cané (nieto), presidente de la Asociación. En mi discurso de gracias hablé de historia dominicana, concretamente de la fundación del Estado soberano. Cuando se es de un país pequeño y poco conocido aprovecha uno las ocasiones para darlo a conocer en sus aspectos más nobles. Conservo dos recuerdos fotográficos del acontecimiento, así como una foto en que sólo estoy con Don Pedro. — Verano fuerte el de comienzos de 1944. Un domingo a medio día en que estábamos con Don Pedro la temperatura subió hasta los cuarentas grados Celsius en la sombra y el calor nos agobiaba. ‘Ustedes en Santo Domingo no saben de temperaturas superiores a treinta y tres grados. Sigán mis recomendaciones. Manténganse quietos. Lo mejor es salir al campo’ nos dijo. Entonces sugirió ir los cuatro al Tigre, un bello paraje del Delta del Paraná. Nos acomodamos en un restaurant abierto, a orillas de uno de los canales. Olga sufrió sofocación y Don Pedro ‘le recetó’ un helado. El almuerzo fué frío y ligero. Regresamos después de la puesta del sol, cuando la temperatura descendía con fuerte viento del sur, que en la Argentina llama ‘el pampero,’ una brisa fresca que en pocas horas hace bajar el termómetro en más de veinte grados.

Mediando enero y en una de sus habituales visitas nos contó Don Pedro que venía de consultarse con un oftalmólogo porque notaba que su visión disminuía. ‘Mé ha diagnosticado anemia en la retina,’ nos dijo con aire de resignación.

Un mal contra el cual, al parecer, poco podía hacer la ciencia médica. ‘Con el tiempo perderé la vista: tendré la ceguera de los Henríquez,’ agregó. A Olga y a mí nos apenó grandemente la noticia y tratamos de consolarlo con palabras optimistas. Pienso que si la muerte no lo llama dos años después habría compartido, anticipándolo, el infortunio de su entrañable amigo el escritor y poeta Jorge Luis Borges.

Llegó la víspera del día en que debía ausentarme con mi

familia rumbo a México. Esa prima noche estuvo Don Pedro en casa. Conversamos sobre muchas cosas tratando de sobreponernos a la tristeza que hay en toda despedida. La medida noche se acercaba. Consultó él su reloj y se levantó de su asiento cargando bajo el brazo el bulto que siempre lo acompañó, repleto de papeles. De pié estuvo un momento mirándonos callado. Olga y yo también nos incorporamos sin decir palabra. Dejó caer en una silla el pesado portafolio para así poder darnos un abrazo a la manera dominicana. Ese abrazo largo y sonado que sólo sabemos darnos los dominicanos. Sentí un desgarramiento interior sólo comparable al de ocasiones en que me despedí de mis padres antes de alejarme por años de la tierra natal.

Poco duró Don Pedro después de aquella despedida en que por última vez lo ví. Su ejemplar conciencia docente lo mató en mayo de 1946 cuando hizo un esfuerzo para alcanzar el tren en marcha y no llegar tarde a su cátedra en la Universidad de La Plata. — Los antiguos discípulos de Don Pedro residentes en México se enteraron de que un dominicano acabado de llegar había estado con él en la Argentina y organizaron una reunión en la casa de uno de ellos, Eduardo Villaseñor, presidente del Banco de México, con el único objeto de oírme noticias del maestro. Le escribí dándole estas otras noticias e intercambiamos algunas cartas, correspondencias que no siguió cuando regresé a Santo Domingo.

Un calificado testigo de la vida de Don Pedro: su propio hermano Don Max, dice de él: “la personalidad de Pedro se singulariza por su temperamento de maestro. Conversar con él era aprender. Enseñaba, enseñaba siempre, con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber. En todo momento era, por excelencia, maestro.”

Como era hombre de inagotable curiosidad y de insaciable sed de conocimiento, puede agregarse que se mantuvo también aprendiendo. Aprendía hasta de aquellos a quienes enseñaba. Interrogaba a sus semejantes y a sus desiguales, a la naturaleza, a los astros, a su propia intimidad; todo lo captaba en su dintorno con un gran arco porceptivo, al tiempo que mantenía su

disciplinada dedicación al estudio, a la simple lectura o a la investigación metódica.

En el marco de esta caracterización del sabio, quisiera subrayar su extraordinaria bondad; una bondad paternal que lo hacía salir de su casa a media noche para llevarle libros a un estudiante cualquiera que preparaba su presentación de examen; una bondad que no necesitó el acicate del 'santo temor de Dios,' ni la esperanza del Cielo, para ser practicada hasta el sacrificio, que en él era una actitud habitual. Era bueno porque se lo imponía su conciencia. Si soñó con una reforma de la sociedad que eliminara la explotación del hombre y la injusticia, fué por amor y no movido por el odio.

Si de la Argentina y otros países pudieran venir antiguos discípulos suyos, que hoy son eminentes representantes de la intelectualidad en esta sazón de centenario, nos ofrecerían sin duda con mayor brillantez la faceta visible de quien por años fué un inolvidable maestro.